

Testimonio de Aurora María Zucco de Bellocchio

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

25 de abril de 2012

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Aurora Bellocchio: Mi nombre es Aurora María Zucco de Bellocchio, mi marido, de nacionalidad italiana, vino muy menor a la Argentina. Yo también soy descendiente de italianos, y con la educación que se daba antes de estar en el hogar, de hacer cosas que les toca a las mujeres... Tuve un bisabuelo que luchó con Garibaldi, que vino a Brasil para luchar, y de parte de mi madre un bisabuelo indio casado con una vasca. Todas las chicas soñábamos con héroes de cine, vivíamos muchísimo, el paseo que más nos agradaba era ir al cine; así conocí en una reunión a un muchacho que me simpatizó enseguida porque bailaba muy bien el tango. Yo había planchado en una fiesta y tocaba la pianola como si fuese una solterona. Entonces se me acerca ese muchacho y me dice: "¿Baila?"; y yo salí y le dije a mi amiga: "Seguí vos tocando la pianola"; así nos conocimos.

Entrevistador: ¿Te acordás el año?

Aurora Bellocchio: Desde luego, el 2 de enero de 1938.

¿Ese año se casaron?

No, noviamos mucho tiempo porque yo tenía 16 años recién cumplidos y él me llevaba un año y medio. Con todas las cosas que les pasan a los novios: primero todo lento, después un gran enamoramiento; luego al crecer él buscó a otras personas... Siempre lo quise, suelo decir que fue el amor de mi vida a pesar de todas las cosas que nos fueron sucediendo. Los primeros años tuve un noviazgo muy feliz, con mis hermanas, que éramos cinco mujeres y un varón, con las fiestitas de entonces en las casas de familia bailando foxtrot y tango. Pertenezco a una generación que creo que fue feliz y muy familiar.

¿Cómo se llamaba tu novio?

Mi novio se llamaba Ireneo Luis Bellocchio, era del norte de Italia, de Bobbio. Cuando mi padre supo que yo noviaba con un muchacho de la alta Italia me dijo: "Te buscaste un *mangiapolenta*", y cuando su padre supo que yo era hija de calabreses le dijo: "¿Te buscaste una calabresa? Si llegás a dejar a esta chica, el padre va y te mata".

¿Cuántos años fueron novios?

Casi ocho años, pero en eso hubo un paréntesis en el que no estuvimos juntos.

¿Te casaste en 1946 más o menos?

Sí, en febrero de ese año. Nuestro primer hijo nació a fin de septiembre y con mucha emoción lo recibí mi marido.

¿Cómo se llama?

Luis Agustín. A los dos años tuve a Julio Alberto; posteriormente tuve muchos hijos... Marcelo, Irene, que es la desaparecida, después Daniel, luego Eduardo, que se enfermó con escarlatina y murió a los nueve meses, después nació Fernando, y por último Cecilia. O sea que tuve seis varones y dos mujeres.

Y cuando fueron creciendo... ¿Irene militaba?

Yo diría que antes de hablar sobre la militancia de Irene quisiera contar cómo eran los hermanos con mi hija y cómo era ella de chica. De mis hijos podría decir que Luis, como era el mayor, era el amor del padre, y el amor de mis padres; y el segundo era el amor de sus abuelos paternos porque se parecía a la familia de ellos, así que ya había ahí una diferencia de físicos y de razas, digamos. Cuando nació Marcelo tuve problemas de salud, pero después mejoré, y luego nació, al fin —después de tres varones—, la nena. Esa nena nació muy bonita y fue alegría para la familia, una emoción muy grande para todos. Aclaro que nunca soñé con una nena, siempre agradecí tener varones, no es que tenía hijos para buscar la nena, no, estábamos muy enamorados mi marido y yo. Él era músico de jazz, así que varios años los vivimos felices, con las contingencias de problemas económicos cuando se deshizo la orquesta, de enfermedades de los chicos, que se contagiaban unos a otros, de vivir yo siempre con horarios para que hicieran los deberes, para que no llegaran tarde a la escuela, para preguntarles cómo estaban en los estudios.

Siempre pienso que fui una madre totalmente dedicada a mis hijos. Por ejemplo, yo siempre madrugué mucho y hasta la hora que los tenía que despertar a veces hacía scones que después les servía con el café con leche, o con la misma masa se armaban palitos para el mate que se cortaban en pedacitos. Los domingos íbamos a misa al colegio religioso de las nenas, y cerca de casa, a la vuelta, al de los varones. Irene era muy graciosa, era la única mujer en un momento entre cinco varones. Peleaba con los varones, peleaba con el hermano menor, Daniel, le pegaba y le decía: “Me tenés que obedecer porque yo soy mayor”. Vivíamos muy apretados en Urquiza. La historia es la de una familia católica con muchos hijos, con mucho trabajo, pero con mucho amor, fortaleza y la pretensión de que mis hijos no fallaran en la escuela, que cumplieran con los deberes; en el verano cuando se levantaban de la siesta tenían que hacer deberes y después sí los mandaba a la vereda a jugar.

Cuando nació el sexto creíamos que todos tenían angina roja y llamamos al pediatra y como el nene era muy chiquito, Eduardo dijo: “No, a este nene nada de hacerle tópicos”. Cuando yo veo que el nene un día no quiso la mamadera, que estaba quejándose, era un quejido, lo llamo de vuelta al médico y le digo: “Yo lo veo mal, doctor, este nene llora, está quejándose desde la mañana”. Entonces él le dijo a la enfermera: “Bueno, le vamos a dar una inyección, mañana a las 8 de la mañana llámeme a ver cómo descansó”. Bueno, yo también estaba según él con anginas, así que era un cuadro: la madre y todos los chicos con anginas, que después supimos que no, que era escarlatina, por lo menos en mis chicos. Cuando me acuesto muy cansada, también dolorida, dolor de garganta, de atender a todos enfermos, el bebé duerme, nos acostamos, y al rato aparece Irene, que siempre aparecía para meterse entre medio de los dos, y a ella la seguía el hermano. Se suben a la cama, y yo prendo el velador y digo a mi marido: “Mirá, no tiene más el quejido”, y mi marido va y lo ve muerto, estaba con los ojos abiertos muerto.

¿Irene qué edad tenía?

Irene tendría dos años y medio. Como yo había llamado al doctor por los que tenían mucha temperatura y porque Irene se quejaba de los oídos, cuando entra y ve el velatorio dice: “A mí me llamaron por unos chicos”. Lo llevan a la habitación de los chicos y estaban todos con temperatura, la nena con supuración de oídos, un drama espantoso.

¿En esa época se usaba el jardín de infantes? ¿Iban tus chicos al jardín?

Sí, el mayor empezó el colegio Beata Imelda, el segundo no porque era delicado de salud y no lo quería hacer madregar, el tercero creo que sí, Irene sí, Fernando también. Fernando nació después de que murió Eduardo, inconscientemente yo veía a Eduardo en él; y nació rubio, de ojos azules como él, con el pelo casi blanco.

Cuando Irene empezó el jardín, que estaba a la vuelta de casa, un día le dan la foto que habían sacado a todas las nenas, todas con el uniforme antiguo, clásico del colegio de monjas. Entonces, la busco a Irene y le digo: "¿Qué tiene esta foto? Tiene todos puntos, ¿cómo te dieron esto?". "No, yo le clavé la punta de la birome, a cada una de las que me pega la marqué con un punto". Tanto era así que un día fui a hablar con la monja que era su maestra, y me dijo: "Todos los recreos se la pasa al lado mío porque las chicas le pegan"; y yo me ponía mal, pensaba: "Le pegan porque la verdad es una muñeca". Después tuvo muchas amigas. Y era viva, una nena rápida. En mi casa se cantó siempre, ya cuando éramos solteras cantábamos siempre, estaba puesta la radio y cantábamos y oíamos toda la música... jazz, tango, ópera. Así que con mi marido músico los chicos y yo cantábamos. Irene tenía una voz aguda, como la hermana menor, y cantaba. En la época de los 14, 15 años de ella se escuchaban a estos conjuntos de jazz nuestro, se cantaba "La balsa".

El rock argentino, el rock nacional.

El rock argentino... Y ella guitarreaba y cantaba, la canción de Alfonsina, por ejemplo, que a mí me apenaba; y sabía bailar, con cualquier ritmo ya salía a bailar, como el padre que siempre fue buen bailarín.

¿Ella dónde hizo la secundaria?

En el Beata Imelda, que era una filial del Anunciato, un colegio de monjas importante que estaba en la calle Arenales. Como yo tenía una prima que era de esa comunidad y la suerte de que el colegio estuviera a la vuelta, Irene entró ahí, así que todas las mujeres y algunos varones fueron a ese colegio. Yo, como estudié alta costura, la vestía bárbara; a la menor también. Mi suegro, que era sastre fino, también vestía a mis hijos. Estoy contando una vida común de una familia de la época. Irene era una nena tan bonita y graciosa que a cualquier lado que fuese todo el mundo la miraba y decía: "¡Ay, qué graciosa, qué preciosa esta nena!", era una desenfadada. Cuando hacía mucho calor mis hijos salían a la calle después de hacer sus deberes. Un día se acercó la encargada, que no me quería por tener tantos hijos, y me dijo: "En vez de estar acá, vaya para abajo a ver qué está haciendo su hija". Eso lo he contado en mi libro.

¿En qué año ella termina la secundaria? ¿Qué hace, comienza a estudiar?

Irene nació en 1952, en 1970 terminó el secundario y quería seguir Arquitectura, pero estábamos pasando un momento bastante ajustado en la familia y tuvo que trabajar. También el mayor hubiera querido seguir Arquitectura, pero no podíamos pagar esas carreras. "Busquen una que sea económica", les decíamos.

¿Entonces comienza a trabajar?

Comenzó a trabajar... Su colegio daba dos títulos, el de maestra o el de perito mercantil, así que la mayoría de mis hijos fueron peritos mercantiles. A ella tuvimos que emanciparla porque era menor cuando entró al Banco Galicia. Pidió con todo desenfado al director del Banco un préstamo para ayudar a comprar nuestro departamento. Lo solicitó y le adjudicaron un monto alto para poder agregar a un préstamo que yo iba pagando, y además intentó de nuevo entrar a Arquitectura.

Entonces entró a Arquitectura.

Ella hizo tres, casi cuatro años de la carrera de la UADE, no me acuerdo cómo se llamaba la carrera, era algo comercial. Había pedido beca en el Banco para Arquitectura y le dijeron que no, pero que para una carrera bancaria sí. Cuando se decidió me dijo: "Mami, voy a dejar la UADE y voy a anotarme en Arquitectura". Allí conoció a un compañero adelantado, buen mozo, como siempre dije, era más buen mozo que el Che Guevara, una belleza de muchacho, y ella una linda chica también. Se enamoraron. Ella seguía con el trabajo en el Banco y con este muchacho comenzó a conocer la política... Me acuerdo una vez que le pedí que votáramos a Perón, me dijo: "No sé nada de Perón". Yo no hablaba de Perón en mi casa familiar, toda contraria. Cuando vislumbré semejante persona, que de entrada hizo que la gente pagara las horas justas, las vacaciones, los veraneos, las viviendas, era un despertar. Trabajaba de dibujante, hacía los dibujos de los bordados de los vestidos de alta costura, y me daban trabajo extra, pero no me lo pagaban extra.

En 1973, que es la primera vez que votó tu hija, le pediste que lo hiciera por la fórmula de Cámpora.

De Perón, sí.

¿Y qué te dijo?

"No, voy a votar a otro". Finalmente creo que votó a Cámpora, ya no me acuerdo. Le decía: "No se te ocurra votar al de bigotes", que era el que copiaba a Palacios.

O sea que a través de este enamorado comenzó a militar... ¿Cómo se llamaba él?

Ese enamorado era Alejandro Calabria. Ella tuvo otros noviecitos, iba a una fiesta, la invitaban a salir y a los dos o tres meses, así como novia, se cansaba. Yo no sé si era enamoradiza, pero andaría buscando un amor, no sé, tuvo muchísimos chicos de Urquiza que la pretendían porque era verdad, mi hija era una divina. Con Alejandro Calabria comienza a acercarse políticamente a la Juventud Peronista, en la Facultad de Arquitectura, ahí empieza su militancia.

¿En el Centro de Estudiantes?

Claro, y él ya era alguien importante en el centro de Arquitectura, le faltaban unas materias y ya se recibía de arquitecto; su padre era un gran arquitecto. El drama familiar vino a partir de la caída de Isabel. Cuando cae Isabel a este muchacho lo detienen, lo torturan y está preso en un lugar; una amiga de mi hija estaba con él y lo llevan a Coordinación Federal o algún sitio así, no me acuerdo bien. Con el tiempo supe que esta chica tenía abuelos policías importantes, comisarios, el tío comisario general. Entonces yo veía la pasión que ponía Irene en todo eso, más el enamoramiento que tenía, había entrado en una fase a la que toda esa generación entró por simpatía, por ideas políticas nuevas, y porque era algo en lo que nunca habían estado, era algo nuevo. Así que cuando ella me quería convencer acerca de que Perón tal cosa, yo defendía a Perón, nadie había hecho más que él. Una vez le dije al presidente Kirchner, dos días antes de que subiera Cristina: "Doctor, después de Perón es lo mejor que tuvimos", y él me besó la cabeza, el pañuelo. El mismo amor que yo sentí por Perón lo sentí por Kirchner.

Entonces, cuando cayó Isabel, es cuando se llevaron a este noviecito de Irene y lo detuvieron con esta chica amiga. Siempre pensé que esta chica pudo salir y después salió él, y que ella había empezado una

carrera de traiciones, por muchas cosas me di cuenta. Irene iba al departamento donde vivíamos nosotros, donde yo vivo actualmente, hacía reuniones ahí con amigas, conmigo, con mi marido, pero yo todavía no simpatizaba, yo era una peronista verdadera y no simpatizaba con esa renovación rara para mí. Cuando cayó Isabel le dije: "Nunca simpaticé con Isabel, este gobierno va a caer pronto y va a ganar otro gobierno peronista"; Irene no discutía mucho conmigo, era muy buena hija. Creo que ella me soportaba más a mí que yo a ella porque yo tenía mucho trabajo, muchas ocupaciones con los otros hijos, mucha lucha.

Llega el 24 de marzo de 1976, golpe de Estado: ¿Cómo se vive eso en tu casa?

Sentía que algo no estaba bien, con todo lo que habíamos disfrutado con el regreso de Perón, y después el dolor de su muerte. Hay una cosa que a mí siempre me llamó la atención, cuando Perón subió, y le habían puesto ese cristal delante que nos parecía horrible, con ese maléfico personaje que estaba al lado de él. Irene fue con Marcelo y conmigo a la Plaza, estábamos muy adelante. Se empieza a sentir mal y se desmaya, y Marcelo, mi hijo, la agarra y salimos afuera... No sé si eso fue una premonición o qué. Y cuando llega el famoso día en que, en este momento no recuerdo exacto la fecha, en que Perón habla y los muchachos, los montoneros, lo ofenden: "¿Qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno nacional?", a mí me dio un golpe en el corazón. Pensaba ¿cómo estos mocosos no saben la verdadera vida de Perón? No saben lo que puede haber sido un exilio, un hombre que fue importantísimo acá y en América. Nunca transé con esa cosa de la juventud que no midió la forma de expresarse sobre una persona importantísima, fuera o no peronista.

Llega el golpe de Estado. Contame.

Irene se va de casa convencida de que tenía que estar en otra lucha, se va con Alejandro. Para mi marido fue terrible, yo siempre entendí, porque a pesar de la idea política, entendía también a la juventud. A mí me dolió eso que se dijo, cuando se dieron vuelta, porque yo estaba en la Plaza. También cuando Perón dio su último discurso, que fue hermosísimo. Yo el 1° de Mayo no asistí por suerte, me lo contaron hijos míos que habían ido.

¿Irene pasa a la clandestinidad?

No, Irene está viviendo con Alejandro. Viene un grupo armado a casa a buscarla por una delación el 30 de mayo de 1976. Ellos se cuidaban muchísimo, sabían cómo tenían que actuar, cómo era su forma de comunicarse uno con el otro, yo no sabía, pero me encontraba con mi hija para verla, nos encontrábamos porque ella me extrañaba, y yo también.

¿Fue un grupo armado a tu casa el 30 de mayo de 1976?

Yo fui a verla a donde vivía porque era el día de su cumpleaños, y cuando llego Alejandro me dice que Irene había ido a hablar por teléfono a la casa de él. Al rato sube Irene y le dice: "Mirá, pasa algo raro porque tu hermana me dijo '¿Por qué no te venís con Alejandro a casa?', y yo oí voces". Y Alejandro dice: "Ayer se llevaron a dos, van a venir ya por nosotros [...] Y usted señora, váyase a algún lado porque van a ir a buscar a Irene a su casa". Y digo: "¿Yo qué tengo que ver?". Porque yo todavía no entendía, no veía claro eso la verdad, sí entendía que estaban en otra, me parecía que no tenían la fuerza para enfrentar a todo un ejército, me daba cuenta de muchas cosas. También hubo muchachos de esa época que admiré, a muchos, y mujeres. Cuando regreso a mi casa, habiéndole dicho a mi marido que iba a la

casa de una hermana, él me dice: "Recién llamó una mujer preguntando por Irene, y le pregunté: '¿Quién sos vos?', me respondió: 'Una compañera del Banco, la quería saludar porque es su cumpleaños'". Mi marido me mira y señala: "Nadie sabe que Irene nació el 30 de mayo, está anotada el 5 de junio, esta era una cana". Mi marido era un hombre que también tenía una inteligencia especial para marcar a la gente, nunca se equivocaba. Se equivocó un poco conmigo cuando tuvimos problemas, pero me refiero a que él notó algo raro.

Bueno, nos acostamos y al rato siento la voz de mi hijo Daniel, sentimos voces en el pasillo y pasos. Mi marido pregunta: "¿Qué pasa?", y aparece Daniel y le dice: "Papi, viene la policía a buscar a Irene". "Levántese señor, levántese señora", y nos levantamos, uno me llevó al dormitorio de los chicos, el otro se quedó con mi marido. Ese me dijo: "Dígame dónde vive su hija", y yo: "No sé, no sé, no sé". "¿Cómo no sabe?". "No, porque mi marido ha sufrido mucho desde que ella se fue de casa y si hubiera sabido dónde vivía la iba a buscar, entonces nunca supe, mi hija nunca me quiso decir dónde vivía, me había dicho que se había ido a vivir con tres amigas", eso era lo que yo creía, lo que le conté a él, que era verdad. Entonces me pregunta si yo tenía otra vivienda, le digo: "Sí, en la calle tal del barrio de Coghlan". "¿Quién vive ahí?". "Un hijo mío soltero, con un compañero con su mujer y el bebé, que está terminándole la casa". Van con Daniel, lo apuntan y le dicen: "Golpeá la puerta", y Daniel dice: "No me apunten, por favor, porque yo sufro de crisis nerviosa, por favor, yo los voy a llevar". Empiezan a golpear la puerta, abre el muchacho ese que estaba ahí y le dicen: "Tirate al suelo", y el muchacho responde: "¿Por qué me voy a tirar al suelo?". "Tirate al suelo o te mato". "Máteme, yo no me voy a tirar al suelo", y entonces van y lo llaman a mi hijo. Mi hijo no lo podía creer, él era un muchacho que había estudiado en la Universidad del Salvador, que tenía otra idea, también peronista, pero no podía entender tampoco. Para nosotros era confuso, puede ser que haya sido un shock, como lo fue a partir de las desapariciones.

¿Ese día que sucede ahí? ¿Revisan la casa y se van?

No la encuentran a Irene y el día antes de ir a mi departamento, al propio, me dicen: "Bueno, señora, mañana vamos a ir al Banco, vamos a pedir al gerente que nos acompañe su hija a la seccional, que declare y después la traemos al Banco", habrá pensado que una era una ingenua. Entonces le contesto: "Créame usted que no sé dónde vive, nunca me lo quiso decir". Y me dice: "Le aviso, señora, que usted le avisa a alguna persona para que le avise a su hija y la venimos a reventar a usted y a todos sus hijos". Bueno, ese fue un momento terrible, para mi marido fue mortal, él se derrumbó a partir de eso.

¿Ahí se van ellos?

Se van y es cuando van al otro departamento. Nos siguieron muchas veces, a mí me seguía un coche azul, a varios de mis hijos los seguían. Vale decir que buscaban que nosotros hiciéramos un contacto con Irene para agarrarla. Después a me contaron que a Alejandro lo habían visto en un lugar en un coche policial, como que él había denunciado a los compañeros bajo tortura.

¿Irene en ese período estaba embarazada?

No, no. Irene estaba desde 1975 con Alejandro y desde el día que cae Isabel, que a él lo llevan, cuando queda clandestino. Ella sigue trabajando en el Banco, es cuando la vienen a buscar a casa posteriormente, y entonces fue cuando se quedó en clandestinidad, porque al venir a buscarla no podía presentarse más a trabajar en el Banco porque la iban a llevar. Así que a partir de ese 30 de mayo de 1976 estuvo oculta o clandestina, como decían ellos. Llegamos al año siguiente y yo me encontré muchas veces con ella, hasta que un día ya no tenía nada que ver con Alejandro, estuvo viviendo en distintos lugares.

Cada tanto hacíamos enlaces para que yo pudiera verla, que estaba viva. Un día me dice: "Mami, me consiguieron un lugar para estar que no es tan buscado, para que esté tranquila y que no esté cambiando de un lugar a otro". Al mes, cuando se encuentra conmigo me cuenta: "Son una joya, son respetuosos, son buenísimos, me siento protegida". Al otro mes me dice: "Mami, un muchacho está enamorado de mí y yo me enamoré de él".

Decime el nombre.

Rolando Pisoni. Con Rolando estuvo en pareja, digamos, en los momentos casi peores de su vida.

Una vez Irene le mandó una carta al padre, yo encontré un papel bajo la puerta, en la que le decía que se enteró de lo que él dijo sobre matar a Alejandro si lo encontraba, porque ella lo perdió a él, perdió su trabajo, perdió todos sus bienes, perdió su familia... Bueno, le hablaba al padre, era una carta muy sentida. Mi marido se puso mal, rompió la carta; yo la copié y sí tiré la carta verdadera porque pensaba "a ver si vienen acá y encuentran esto". Yo puedo decir que nunca tuve miedo, pero tenía toda una familia atrás, así que para poder encontrarme con ella hacía unas cadenas.

Entonces Irene se pone en pareja con Rolando.

Cuando lo conozco me parece tan dulce, tan buena persona y tan respetuoso que pensé: "Qué distinto a Alejandro", porque Alejandro era un muchachito hermoso y luchador.

Entonces ellos estaban los dos en clandestinidad.

Claro, pero él no estaba clandestino, él no estaba buscado. Era Irene la que estaba buscada.

Está bien, pero estaban viviendo juntos.

Entonces un día que nos encontramos él me dice: "Le quiero dar una linda noticia". "Qué suerte, se van al extranjero". "Esperamos un bebé, ¿usted está contenta?". "¿Ustedes están contentos?". "Sí, nos encanta". Entonces le digo: "Si ustedes están contentos, yo también". Cuando yo contaba esto, en una situación límite, cómo la gente es tan torpe de preguntar: "¿Cómo no pensaron que momento era ese?". Buscada, sin nada, con esa persona que la protegía, sin su familia, había perdido todo.

Para ubicarnos un poco en las fechas y así entrar más cerca del nacimiento de tu nieto, Carlos Pisoni...

Cuando un día la veo embarazada, que entraba a la pizzería donde nos habíamos citado, y la miraba con la panza, con ese sacón azulado, pensaba: "Qué linda es esta chica". Se sienta, pide siempre una ensalada con no sé qué, y me dice que está preparada para lo que sea, el día que la busquen. Y yo le pregunto: "¿Y la criatura?". Y responde: "La criatura, mami, va a estar siempre conmigo". Entonces le digo que si piensa así, no le va a pasar nada, ¿qué puedo decir yo? Que tengan el hijo, en ningún momento pensé que no lo tengan, porque los veía muy felices, esperando ese bebé con mucho amor.

¿Cuándo nace Carlitos?

Un día me avisan, haciendo una cadena, que mi hija estaba en el Hospital Posadas, que ya había tenido a Carlos Enrique, y que yo tenía que ir a tal lugar del Posadas a verla. Llamé a una nuera para que me acompañara, sacamos a los nenes del colegio diciéndoles que íbamos al zoológico, toda una historia. Nos fuimos con los dos nietos hasta el hospital, ella nos esperaba afuera para que fuéramos a ver a Carlitos, y estaba la mamá de Carlos también. Y él pudo presenciar el parto, porque la que la ayudó en el parto era una compañera de estudio que era médica en el Posadas. Así que lo tuvo entre gallos y medianoche, y creo que estuvo dos días o tres internada hasta que le dieron el alta. Yo había ido a verlo, me encantó ver al nene, me encantó cómo estaban felices ellos, será porque yo siempre sentí la maternidad como algo muy importante.

¿Se van de alta al departamento donde ya estaban viviendo?

No sabía, nunca me dijeron dónde vivían, jamás me dijeron dónde vivían.

Pero se van y a los pocos días, ¿qué pasó?

Cuando el nene cumplió un mes de nacimiento, llamó para decirme que lo había llevado al Posadas para una revisión, que aumentaba bien de peso, que estaba muy contenta. Llamó a casa desde un teléfono público, ahí metió la pata, porque si el teléfono estaba intervenido... Bueno, no sé cómo hacían. Lo que supe después, porque lo contó una vecina, fue así... ¿Cómo puedo contar cómo se los llevan?

A ellos se los llevan el 5 de agosto de 1977. Ese 5 de agosto —que lo cuento en el libro— me levanté mal, nunca fui depresiva, en los peores momentos de mi vida siempre pensé cómo salir. Me decía: “¿Por qué estoy tan mal?”. Era el cumpleaños de mi madre y fui. Igual estuve mal, y a la noche hubo una tormenta espantosa, tipo ciclón. Me llamó mi madre a la mañana para que fuese a la casa a llevarle un bolso que precisaba, y fui con la tormenta, mal. Me bajé en Devoto, le llevé el bolso, salí enseguida y empecé a caminar, en vez de quedarme en la parada seguí caminando, y ahí lloré.

El día sábado, que me sentía nerviosa, preocupada, cuando eran las tres y media de la tarde, golpea la puerta de casa una mujer bien arreglada, con un bulto en los brazos, y entonces dice: “¿Familia Bellocchio?”. Le respondo: “¿Quién es usted, para qué viene?”. “Señora, llame a su marido, que traiga documento”. Y le pregunto: “¿Qué tiene?”. Porque veo la mantita, el bulto, que mi mamá me la había tejido, que yo le había pedido, mamá no sabía para qué, y veo la mantita y digo: “¿Quién es?, ¿mi nieto?, ¿qué le pasó a Irene?, ¿chocaron?”. Porque tenían coche. “No, no, señora, llame a su marido, que baje con documento”, y no me dio el chico. Entonces bajamos los dos con ella llevando la criatura. Cuando llegamos al hall de entrada veo a una mujer que tenía el moisés, y cuando me ve se pone a llorar, y digo: “¿Qué paso? Se mataron”, y me dice: “No, señora, yo vine acá obligada por un grupo armado porque pasó esto anoche: sentí gritos, golpean mi puerta, siento gritos, llantos y órdenes y veo un montón de gente con armas. Me asusté y grité y dijeron ‘¿Los mataron?’”, y respondieron: ‘No, no hubo resistencia y no grite, atiende a este bebé y mañana a la mañana se lo lleva a los abuelos no antes de las diez de la mañana’”, nunca supimos por qué. Entonces esto me lo cuenta la mujer llorando. Agradezco el coraje de esa mujer de decirle: “No, yo tengo que entregarle al chico a los abuelos”, le habían dado en un papel escrita la dirección y el apellido. Vale decir que alguien se conmovió, algo pasó, no puedo alabarlos porque no sé qué fue. Entonces cuando la mujer cuenta esto...

¿Te entregan a tu nieto?

Lo entrega de mala gana a mi marido, le da el nene a él. Mi marido lo agarra, pero no sabía que Irene esperaba un hijo.

¿Cuánto tenía Carlitos?

Tenía treinta y seis días. Y la mujer muy conmovida me contó que ella y la mamá lo acostaron entre las dos, ellos le entregaron el bebé con un pañal y un saquito celeste, la mamadera y el frasco de leche en polvo, y le dijeron que lo cuidaran y lo llevaran al día siguiente. Entonces nos enteramos posteriormente de toda esta conversación con la mujer porque la madre de Roli quería ir al Ministerio del Interior a averiguar qué pasaba, y me esperaba el jueves para que fuéramos las dos.

Llega uno de mis hijos y le digo: "Mirá, vamos a ir con la otra abuela del nene al Ministerio del Interior", y entonces me cuenta: "Mami, te conseguí un abogado para que les hagan los hábeas corpus, ¿qué les van a decir en el Ministerio del Interior? ¡Pavadas!". Entonces fuimos a ver a un abogado, muy buena persona, que le hizo un hábeas corpus a ella y otro a mí. En el mío yo pido por el padre de mi nieto, y en el de ella pide por la mamá de la criatura, que personas desconocidas nos trajeron un bebé. Entonces el día viernes fuimos a Tribunales a presentar los hábeas corpus. En ese pasillo, mientras esperábamos a que nos atendiera el juez, había dos mujeres con la misma cara que la mía, las miraba y pensaba: "¿Les pregunto? ¿No les pregunto?". Entonces les digo: "Díganme, ¿ustedes están por lo mismo que estamos nosotras?", y me dicen que sí. Esa palabra, todas las madres contamos lo mismo, porque es así, la cara que tendríamos sería terrible, no es que íbamos a decir que el vecino les rompió un vidrio o que recibió un tiro no sé quién. Y así conocí a una que me contó, nunca supe quién era, que entró un grupo armado, que la habían maniatado a ella a un sillón y al marido, y que buscaban en la casa dinero, cosas, y a la hija, ahora no me acuerdo si la hija estaba ahí o no, pero que a partir de ese día la mujer no había vuelto a verla. Y así nos enteramos que había muchas madres, mucha gente que iba ahí, a ese lugar a presentar hábeas corpus, y muchas no fueron. Siempre digo que muchísimas madres, miles, nunca presentaron hábeas corpus por temor. No entiendo al que tiene miedo, que me perdone, siempre lo repito: si uno quiere a un ser amado no tiene miedo, si uno se cuida, llora, se puede enfermar también, pero si no lucha, se entrega. Tal vez más fría que yo, la mamá de Roli, al salir de ahí me dice: "¿Qué le parece si vamos a la casa de la mujer que tuvo al chico?". Porque sabía eso mi suegra, porque la dueña de la casa de donde se los llevaron vivía arriba, y entonces la llaman por teléfono el día 6 a la mamá de Rolando, le dicen que había pasado algo muy grave a la noche porque sintieron gritos, voces, vieron libros, papeles tirados en el patio, las puertas se golpeaban, había luces encendidas, papeles empapados en el patio. Así ella se enteró de dónde vivían los dos, y es cuando viene a la tarde a buscarme, a contarme, al rato de que yo recibiera a nuestro nieto, así que ahí lo conoció. Ella también venía muy asustada, se hizo acompañar por la hermana y el cuñado.

¿La mamá de Roli te hace esa propuesta y van a la casa de esa mujer?

Justamente, cuando salimos de Tribunales, ella con más lucidez en ese momento que yo, me dijo: "¿Y si vamos donde vivían los chicos?". Porque ella sí había conocido. Fuimos, golpeamos la puerta, la señora nos atendió. Le digo: "¿Podemos pasar, señora, por favor?", nos hizo pasar y le dijimos: "Yo recibí al chico, nosotras somos las abuelas del chico y venimos de Tribunales de hacer el hábeas corpus, queremos saber qué vio usted", y nos contó eso que relaté antes, que el nene lloró toda la noche, que la mamá y ella lo tuvieron toda la noche y que no paró de llorar, y que también lloraba cuando estaba en la planta baja de casa y por eso se lo dieron a mi marido. Cuando estas mujeres se retiran, él sube con el nene, yo subo como loca, le golpeo la puerta a una vecina, le digo: "Se llevaron a Irene", y llego a casa. Mi marido tenía al nene en brazos, que no lo conocía, y como no paraba de llorar se lo da a Cecilia, mi hija menor, que lloraba también, y me dice: "Mami, tenelo vos". Lo cuento y me emociono, se calló apenas lo

agarré en brazos, se quedó dormido. Yo decía: “O tengo el mismo pulso que mi hija, o sintió un olor o un calor”, se durmió en el acto, así que fue un encuentro muy duro pero muy tierno. Así que el nene quedó en manos mías.

Como tenía una amiga en Minoridad, la llamo el día domingo: “Mirá, ayer me pasó todo esto”. Y ella me indica: “El lunes a las siete de la mañana estate con la criatura en el Posadas, porque los mismos que te la llevaron, como vino sin papeles, te la van a sacar, así que cuidate, no abran la puerta a nadie, salí volando antes de las seis de la mañana con el chico envuelto”. Cuando voy, con la excusa de que lo vieran porque el nene había tenido un problema —no me acuerdo el término, cuando los nenes están amarillentos—, pregunto dónde estaba el Registro Civil del Hospital Posadas. Me voy con el chico ahí, le cuento a la empleada y en el acto me hace la copia del certificado de nacimiento. Así vuelvo a casa. Mi amiga me había indicado que al otro día fuese a Morón para llevar el comprobante de nacimiento del Posadas. “Hijo de fulano, hijo de fulana”, todo en regla. Entonces, lo primero que hice fue contactarme con mi amiga e ir al Posadas.

El nene vino el 6 y era sábado, y el lunes yo ya estaba haciendo trámites. Supongo que a todas a las que les pasó esto habrán salido volando, yo estaba pensando en dónde estarían, que les estarían haciendo, o el chico cómo iba a estar. El asunto es que cuando mi amiga me dice esto me pidió que también declarase todos los hechos ahí para que hubiera una constancia. Entonces llevamos a Tribunales con mi consuegra, como dije antes, los hábeas corpus, y yo llamo a esta amiga mía de Minoridad que era abogada. Ella después de casada se recibió, y el marido era un abogado muy conocido en Lanús. Nos citamos en el centro y me indicó cómo tenía que hacer, porque también le habían llevado un hijo de 17 años: “Andate primero a la Liga por los Derechos del Hombre, y que anoten el caso”, y así empecé a caminar y me aconsejó que fuese a todos los organismos que hubiera de derechos humanos o de defensa de los presos o desaparecidos, así que no hubo organismo que en la siguiente semana o en la otra yo no hubiera ido a preguntar, a anotar, a contar los hechos. Y ahí empecé a mandar cartas a todos los organismos, a Brasil, tengo una lista de todas las cartas que mandábamos.

Esta amiga me cuenta, también encontrándonos a escondidas, que iban a ir a la noche a la Iglesia de la Santa Cruz. Así que mi itinerario fue Urquiza, Plaza Martín Fierro, me esperaban ahí, e íbamos a la Iglesia de la Santa Cruz. Y a mí me llamó la atención la cantidad de personas que había, enorme para el momento, yo no sé si eran las diez de la noche. Le tuve que decir a mi marido que mi amiga me había llenado unos papeles y quería que los fuese a buscar donde vivía. No puso ningún reparo, así que entramos ahí. Y me llamó la atención que un escritorio vi gente que tenía clériman, que era el traje de los sacerdotes nuevo, y monjas con el vestido gris, no como antes con la estoca y todo eso. Después de que hablaron de tal hecho, tal otro, de todos los organismos mundiales, aparecen ellas con un canasto para que donásemos. Si vos me decís qué puse, yo no tengo idea, había que donar algo, cada una donó, para la primera lista que salía en los diarios con el dinero juntado a monedas de madres. O sea, que yo fui de noche, la noche anterior. Por eso cuando las madres cuentan lo del marino este y de todas las madres que se llevaron, menos a Azucena, yo de eso no sabía nada. Yo fui por Victoria, que teníamos que ir ahí para la hoja doble del diario. Y creo que en esa nota está el nombre de Irene, esa nota la entregué a Madres, a Aída, que es quien ha hecho el archivo perfecto que tenemos. Porque un día vi que alguien ojeaba esa hoja vieja, amarillenta, que había entregado. Bueno, yo iba de organismo en organismo cuando me decían “hay que ir a firmar para tal lugar”, “hay que mandar una carta al obispo de Brasil”, “hay que mandar una carta a las Naciones Unidas, a la OEA”, a todas partes escribí. Así que fui conociendo mujeres que tenían el mismo problema que yo, que todavía no estaban emancipadas de La Liga, porque Madres todavía no tenía casa. Así que habiendo tantas madres no sabíamos verdaderamente que estábamos preparando una cosa que nunca se había conocido.

En el período que sigue, que se juntan en la Plaza y empiezan las rondas, ¿vos participaste en esas primeras rondas?

No, en las primeras rondas estaban siempre las catorce que decidieron reunirse un día en algún lugar, te podés imaginar que yo tenía un nene que tenía, no sé, tres meses. Pero lo que yo recuerdo más

nítido, posterior a la noche esa en la Santa Cruz, es cuando me entero por una madre que conocí en una presentación de hábeas corpus que se llamaba... ustedes perdonen que a la edad que tengo me olvidé un nombre, es una madre también de las primeras. Y la reunión era también en la Plaza, o en una confitería, o en no sé dónde. También me habían dicho por qué no iba al penal de Magdalena a averiguar si estaba mi hija ahí, y yo lo puse en el libro, ¿cómo iba a ir yo de Urquiza, con un nene en brazos, a pararme y decir: "¿Acá está mi hija?". A mí me parecía ridículo eso, pero todo lo que había que hacer, todos los escritos, los hice. También me aconsejaba mi amiga abogada.

¿Qué edad tiene Carlos hoy?

Carlitos ahora tiene 34 años. Fue muy bien recibido por los tíos, muy querido, muy cuidado. Yo vuelvo atrás para decir que Carlitos encontró un cariño en la casa de sus abuelos, y fue creciendo y fue muy pegado a mí, tenía miedo de las tormentas, me hacía bajar las persianas de noche porque tenía miedo, y yo dejaba siempre un cartelito: "Carlitos, fui a tal parte, si llego tarde no te asustes, ya te dejé todo preparado para la leche", y él si yo tardaba, llamaba a mi hermana mayor, mujer de militar: "Tía Rosita, ¿mi abuela está en tu casa?", mi hermana le decía: "No, ya llamó que va para tu casa". Después mi hermana me llamaba y me decía: "Decime dónde fuiste que el chico me llamó llorando", o sea que Carlitos tenía temores, algo le habrá quedado que no podía ver las tormentas o ruidos raros, yo creo que siempre eso le quedó en la cabeza. También, que esto es muy tierno, el otro día encontré una libreta donde yo anotaba cosas de Carlitos, de cuando yo había empezado a escribir poemas. Para que durmiera le había inventado un versito corto: "Mamá Irene con papá Roli, este nene lindo va a hacer noni noni", una cosa así. Y él me decía: "No cantes que el nene llora", le daba pena.

Ese nene, hoy hombre, te hizo bisabuela, ¿no?

Me hizo bisabuela, tiene una nena de siete meses y medio.

¿Cómo se llama?

Digo el nombre entero: Catalina Eva, desde luego, Pisoni.